

Omnes Feriunt, Ultima Necat

Claudia Paré Martínez

(Todo empieza en negro, un oscuro que desaparece retrocediendo, como si hubiéramos salido de un túnel hacia atrás. El túnel es un punto de tinta escrita en un trozo de papel, signo que pone fin a unas líneas de trazada temblorosas. Al girar lentamente nuestra visión se amplía la imagen hacia un reloj de pared de anticuario. Un reloj de Morez. Lo único fino de esta casita pirenaica. Un reloj de esfera de porcelana blanca con números góticos, donde el latón dorado que rodea las cifras está coronado por un relieve de espigas y de segadoras alegres. El péndulo multicolor de perfecta cadencia racionalista marca sus pasos siempre iguales y el din-din agudo repetido cada cuarto de hora, cada media hora y cada hora, hacen que su majestuosidad se centre en acaparar toda la atención de la sala, pues es la única pieza de valor en toda la casa. La sala es pequeña y predominan los colores oscuros, pues todos los muebles son de madera cobriza y tienen más de cuarenta años. Pese a la oscuridad, vislumbramos, gracias a los rayos de sol del mediodía que consiguen abrirse paso hasta la ventana, una anciana recostada en un diván de color crudo. Golpean a la puerta tres veces, hasta que no han sonado esos tres intervalos, la anciana no se decide a desperezarse)

Paquita: ¡Anastasio! ¡Ves a abrir que es la nena!

(Se oye una voz desde una habitación contigua)

Anastasio: ¡Ya voy, ya voy! Que no estoy sordo, mujer.

Paquita: -Alzando aún más la voz -¡No grites y abre a la nena!

(El hombre va hacia la puerta con paso cansado pero apresurado. Una mujer de mediana edad, alta y esbelta, entra por la puerta, tiene los ojos cansados y su aspecto es sencillo)

Mercedes: -Sin ánimo- Hola papá.

Anastasio: Hola cariño, tu madre ya te oía desde hacía un rato, aún estando dormida, fíjate que oído tiene.

(Ambos avanzan hacia dónde está recostada la mujer)

Mercedes: ¿Cómo te encuentras?

Paquita: Mal nena, muy mal, no me puedo mover –*hace intentos de incorporarse, pero la mujer se opone* –no puedo ir a pasear, no puedo salir de casa...Y ¿porqué no me llamaste ayer, eh?, ¡Ah!...claro, quieres dejarme aquí sola, a los dos nos quieres dejar solos y deshacerte de mí, ¿verdad, verdad? –*empieza a lloriquear* -.

Mercedes: ¿Cómo puedes decir eso madre? Cada dos días te llamo para saber como estás, vengo aquí cada mediodía después del trabajo...Te limpio la casa, te ayudo, te hago tus curas... ¿Cómo puedes decirme eso?

Paquita: Ya...Claro...Si tu hermano, pobre, pudiera, también estaría aquí, seguro, pobre, con lo que tiene que trabajar...Pobrecillo, el rey, él me llama cada día, ¡no como tú!

(Mercedes suspira y lanza una mirada a su padre, que está recostado en la mesa y sentado en la única silla que hay en la habitación, está observando el reloj y parece no prestar atención a nada de lo que pasa a su alrededor, en el exterior arrullan las palomas)

Anastasio: Hace tanto tiempo que tenemos este reloj...Nena, sabías que yo mismo los construí...

Paquita: -*Interrumpiéndole* –Deja de contar historias que ya no interesan a nadie, ¡mira a tu hija, ya no quiere venir a vernos por tu culpa! ¡Por culpa de tus absurdas historias!

Anastasio: -*Sin inmutarse* –Este reloj, según dicen, marca el tiempo y lo contabiliza, marca el trabajo y el descanso, marca todas las horas de tu vida...Es de una zona del noroeste de Francia, y es de los más precisos, ¡yo mismo lo construí! Teníamos relaciones con nuestra parte de familia francesa e intercambiábamos sal, azúcar, cigarrillos, mulas, vacas... sólo comprábamos la maquinaria del reloj. Es decir, las manecillas, la esfera, el péndulo y el resto de piezas que componen el motor, por así decirlo, del reloj. No podíamos llevar los

pesos, ya que era una carga extra. Aquí los construíamos y formábamos la caja de madera, así podíamos evitar transportar cajas que podían llegar a ser de unos dos metros de altura y sólo escondían los 22'5 x 25 centímetros que ocupa únicamente la maquinaria.

(El hombre se levanta pesadamente y examina el reloj, a continuación sale de la habitación y vuelve con una jaula donde hay dos palomas mensajeras, extrae una de la jaula y empieza a examinarla para ver si está sana. Mercedes, mientras tanto, ha ido a buscar la medicación para su madre, que a su vez ha estado quejándose y moviéndose inquieta durante todo el rato)

Paquita: No puedo más, no puedo más con esta situación, toda la vida atada a la pobreza con tu padre, sus palomas y sus cosas, y ahora que puedo tener un poco de libertad en la vejez... me pasa esto... Ya sé que soy un estorbo para todos, ya sé, ya sé, pero... ¡fui yo quién levantó a esta familia! Y tú, que sólo quieres mi mal... ¿Qué te he hecho yo, hija mía, para que me trates con este desprecio?...

Mercedes: Sabes de sobra que no te desprecio, madre...

Paquita: ¿Ya has llamado a Antonio?

Mercedes: No, madre.

Paquita: Pues deberías, es tu hermano.

Mercedes: Lo sé madre, lo haré.

Paquita: Así me gusta niña, así me gusta...

Mercedes: Tómate la medicación madre –ayuda a incorporarla y poco a poco va dándole las pastillas una a una –despacio...

Paquita: Gracias.

Mercedes: ¿Cómo tienes la pierna?

Paquita: -Descubriéndose de la bata que lleva, en la pierna podemos observar grandes moratones –Mejor, ya no me duele tanto... ¡Qué horror! Ya ni siquiera sé caminar...

Mercedes: Sólo fue mala suerte.

Paquita: ¿Mala suerte? Sí... yo diría que sí...-*intenta articular varias palabras más, pero no puede, Mercedes la tranquiliza acariciándola, ella por el contrario,*

se pone furiosa -¡Aparta! ¡Márchate! ¡No te necesito ni a ti, ni a nadie, sé cuidar de mí misma!

(Paquita coge un jarrón próximo a ella y lo lanza contra Mercedes, ésta se aparta rápidamente)

Mercedes: Papá, ayúdame.

Anastasio: -*Levantándose, llega hasta su mujer, y la sujeta de las muñecas, ella está fuera de si –Tranquila mujer, tranquila... shhh...*

Mercedes: Madre, no te preocupes, estamos aquí...

(Al alcanzar tal estado nervioso, empieza a balbucear y no coordina bien sus movimientos, las manos se mueven a ritmo de espasmos cortos y rápidos. Padre e hija la sujetan y le dan uno de los tranquilizantes. Rápidamente se calma y entra en un sueño ligero)

Mercedes: Padre, hemos venido para llevárnosla. ¿Dónde están los papeles? Sabes que deberíamos hacerlo ahora.

Anastasio: No.

Mercedes: -*Suplicante –Papá...*

Anastasio: Ella ha de quedarse conmigo, me necesita y a ti también y lo sabes. La familia requiere ciertos sacrificios...

Mercedes: No dispongo de más tiempo...ni de más fuerzas. He de irme, el trabajo...

Anastasio: Siempre hay tiempo...Vete, yo me quedo con ella.

Mercedes: Papá...

Anastasio: Vete, no te preocupes.

(Mercedes se acerca a él con lágrimas en los ojos, besa a su padre en la mejilla y a su madre en la frente antes de marchar dejando tras de sí un golpe seco y pesado de la pesada puerta.

Anastasio se va de la habitación a dejar la jaula de las palomas, que arrullan con más fuerza, vuelve y se sienta en la silla, contemplando la ventana, ausente. Paquita se despierta, perpleja)

Paquita: Anastasio...

Anastasio: ¿Sí?

Paquita: ¿Ha llamado Antonio?

Anastasio: No.

Paquita: Seguro que llamará...

Anastasio: Seguro que si...

Paquita: ¿Y la nena? ¿Ha venido?

Anastasio: Si, se ha tenido que marchar por trabajo.

Paquita: Ah...

Paquita: Anastasio...

Anastasio: ¿Sí?

Paquita: ¿Ha llamado Antonio?

Anastasio: Paquita, no creo que llame.

(Anastasio se levanta y enciende una vela que hay junto a la fotografía de un joven. El reloj de Morez se para.)